

# LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 9 de Octubre de 1892.

Núm. 129.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 15 céntimos.

## La Juventud Literaria.

### PALIQUE.

Las noticias recibidas de la epidemia colérica que hace poco amenazaba invadir la Europa entera, vienen siendo desde há días satisfactorias. Apenas queda ya el temido germen, y este por suerte sin fuerza, pues perdió en todas partes su terrible virulencia.

Demos, pues, gracias á Dios y démoslas muy de veras, pues que nos libró del cólera por su infinita clemencia.

\* \* \*

Está el tiempo refrescando y todo huele ya á invierno, la Glorieta y Malecon han quedado ya desiertos. Las tertulias callejeras tambien desaparecieron y toda la poblacion ha tomado ya ese aspecto de soledad y tristeza tan peculiar del invierno.

En cambio, tenemos ya nuestro Romea abierto y tambien, segun se dice, el circo se abrirá presto con una compañía ecuestre y superior en su género.

Este edificio es capaz y muy cómodo y muy bello y que denuncia á las claras los grandes conocimientos que todo el mundo concede al distinguido arquitecto que en tantas obras maestras probó ser él un maestro.

RAMON BLANCO.

## CONSECUENCIA TRÁGICA DE UN SUEÑO

Habia yo cumplido diez y siete años. La edad me hizo ver el horizonte de mi destino plácido y bello. Me pareció que la felicidad y el placer eran la herencia que me legaba mi bulliciosa niñez, y viví por algun tiempo ajeno de todo cuidado. Habia oido hablar del amor como de una teoria antigua despreciada por los pensadores modernos y no faltó quien me dijo que el matrimonio era una tontería impropia de hombres ilustrados y formales. Yo lo creia todo, y el teatro, el café y los amigos absorbían toda mi atención.

Una noche, despues de haber pasado la mayor parte de ella en fútiles devaneos, me fuí á acostar, y ya en el lecho, tomé un libro que al acaso se encontraba sobre mi mesilla y empecé á leer. Eran rimas de Becquer. No habia concluido la cuarta cuando dije hastiado: —Que necios son estos poetas. ¿Que querrán decir con su constante charla?— Llé media vuelta y entregué mis sentidos al abandono deseando dormir. Apenas conseguí mi objeto cuando me pareció hallarme en un hermoso jardin, que iluminado por una dulce claridad presentaba un aspecto grandioso. El suave perfume de las flores y las contiunas melodias de las vistosas aves, realzaban la sublime armonia que reinaba en aquella estancia. Ya era grande la admiracion que la presencia de tanta belleza habia producido en mí, cuando ví por una de las calles del jardin una mujer hermosa como los ángeles del cielo, que cojiendo nardos y siemprevivas, avanzaba con gallarda majestad hacia el sitio en donde yo me encontraba. El destello divino que resplandecia en su frente, cautivó mi espíritu y unicamente me quedó aptitud para contemplarla. Al pasar junto á mi y rozarme la flotante gasa que con inocente abandono cubria sus encantadoras formas, recobré la pérdida acción y deli-

rante quise cojer aquella mano más delicada que la púdica sensitiva; pero la bella, rápida cual fugaz estrella, desapareció al ir á realizar tan atrevido intento. Dí un grito de sorpresa y desperté. Empezaba á amanecer. Sentí por primera vez deseos de presenciar la salida del sol, y subí á la alta torreta de la casa que habito. Instintivamente dirigí la vista hacia el lugar en que más claridad se notaba y solo la desvié para pasearla por la estensa vega que el Tháder riega; todo lo encontré bello, pero al asomar el sol y esparcir sus primeros rayos, la magnificencia del espectáculo llegó á su colmo. Quise recordar algo más hermoso y pensé en *ella*, en aquella mujer que habia visto en sueños y que me habia hecho sentir. La campana del cercano templo llamaba á los fieles con su misterioso acento. Corrí á su llamamiento; oré fervorosamente al Señor y.... tambien pensé en *ella*. Regresé á mi casa y ví sobre un velador un ramo de flores; como me parecieron muy hermosas, las cojí entre mis manos, las besé con cariño, y al pensar que al ocultarse aquel sol que momentos antes habia visto nacer debian morir ellas, asomaron á mis ojos dos lágrimas de sentimiento. Entonces comprendí las rimas de Becquer y me arrepentí de haberlas despreciado.

Cuando la reflexion me hizo pensar en mí, me encontré transformado por un sentimiento grande y noble que naciendo en el corazon invadia toda mi alma. Estrba enamorado. Pero, enamorado ¿de quién? De un imposible; de una mujer que habia visto en sueños y á quien no volvería á ver. Pues entonces ¿á quién dedicaré yo este amor que me consume, este volcan que arde en mi pecho? me preguntaba espantado. Recorrí todo el pensamiento y hubiese sido victima de la desesperacion al no hallar la esperanza, en brazos de la cual me entregué.

Desde aquel dia ni un solo momento dejé de pensar en mi amor; por todas partes lo buscaba con ardiente afán.

